

DOSSIER DE PRENSA

EL TRIÁNGULO

AZUL



Teatro

Horror y terror sobre las tablas

'EL TRIÁNGULO AZUL'

Autores: Laila Ripoll y Manuel Llorente./ Dirección: Laila Ripoll./ Escenografía: Martín Burgos./ Iluminación: Luis Perdigero./ Reparto: Manuel Agredano, Elisabet Altube, Marcos León, Mariano Llorente, Paco Obregón, José Luis Patiño, Jorge Varandela./ Escenario: Sala Francisco Nieva. Calificación: ****

JAVIER VILLÁN / Madrid

Nos hemos acostumbrado al horror del nazismo: un accidente histórico especialmente brutal. Un genocidio, el Holocausto. A lo sumo, un gesto de asco intelectual, como la quema de brujas o las guerras de la Edad Media. El nazismo se ha convertido en una estadística, y el deber y la posibilidad del teatro es desmontar la frialdad de los números: seis millones de judíos gaseados, judíos y otras razas.

Un nombre, Hitler que amaba a los perros. Y, junto a él, a lo sumo media docena de nombres: Himmler, Goebels, Hess el tránsfuga, Goering, Speer el arrepentido y la razón arquitectónica. Y un pueblo, el alemán, ignorante y ciego, que ni veía ni oía las cenizas que salían por las chimeneas de los campos de exterminio.

Laila Ripoll y Mariano Llorente van directamente al dolor, a la traición, al ser humano despojado de números, salvo el número que los identifica como presos y los difumi-

na como seres humanos: *El triángulo azul*, los republicanos españoles en Mauthausen.

En *El triángulo azul*, distintivo que señalaba a los apátridas, Ripoll y Llorente, que además interpreta a Breitmeier, un SS brutal, tocan un aspecto que nos hiere más de cerca: los españoles de Mauthausen, los republicanos que perdieron la guerra de España, a los que nadie quiere en ninguna parte.

Escaparon del campo de concentración en el que Franco convirtió este país, cayeron en las garras de la Francia colaboracionista y acabaron en el horror y el exterminio nazi. Un infierno para el que los autores no se ahoran ningún aspecto del horror, añadiendo al infierno colectivo los pequeños infiernos personales: el miedo, la delación, la complicidad, la traición, la deslealtad y la tortura. Quien tenga suficiente estómago para sentarse en el patio de butacas, a sabiendas de que nada de lo que ocurre en el escenario va a dejarlo indiferente, no debe perderse *El triángulo azul*.

Es más que una conciencia o una página histórica. Es el descenso a los infiernos, un doloroso viaje al fondo de la noche más sombra: la ferocidad del exterminio y la devastación moral en la que unos actores sobreviven a sus personajes, que llevan dinamita dentro.

Intérpretes tan implacables con sus propios demonios como lo es la



Un momento de la representación de '*El triángulo azul*'. / MIGUEL G. / CDN

estructura dramática del texto, firme y sólida; como lo es la dirección sin resquicios al sentimentalismo, ni siquiera con la gitana, prostituida y violada, que es un premio a los privilegiados del campo. Los españoles, los miembros del Partido Comunista, luchan, conspiran y mueren hasta el final. Infiltados en un departamento de fotografía no pueden permitir que el horror quede sepultado en el campo.

Paco Obregón es un fotógrafo alemán, un fanático preso de sus propias contradicciones. Es testigo del horror y no quiere reconocerlo. Es el eje narrativo presente siempre en escena y Paco Obregón no sólo sobrevive, sino que alza su patético personaje a niveles de tragedia. Toda la obra es un gran friso trágico que los internados españoles convierten frecuentemente en un carnaval y una fiesta y una gran carcajada. Es la

mueca de la muerte de un madrileño bailando el chotis con un esqueleto. Es la parodia de la ejecución de las víctimas y la atrocidad. Son los aires regionales de una orquesta que suena a aires andaluces o a canciones gallegas, recuerdos del gran mapa plural y cainita de la piel de toro.

Hay momentos cumbríes de una gran dramatitud: la carta que Toni (José Luis Patiño) escribe a su familia sabiendo que nunca volverá a verla. Los encuentros en los retretes de Paco (Marcos León), el conspirador activo. Y Jacinto (Jorge Varandela), el muchacho tímido que se convierte con Oana (Elisabet Altube) en el eje de la conspiración. O la violencia de la Begún (Manuel Agredano), un renegado inquietante y perverso, un español que odia a todos los españoles: a unos por no haber sabido ganar la guerra contra el fascismo y a otros por haberla ganado. Como sólo tiene a mano a los perdedores, contra ellos descarga su odio y sus frustraciones. Personaje siniestro e inquietante, tan violento o más que Breitmeier, el oficial alemán sin alma y sin piedad.

Decididamente, el nazismo fue bastante más que un nombre y una estadística. Con frecuencia olvidamos que los fascismos son el brazo armado de una burguesía corrompida, disfrazados de populismo.



O.J.D.: 137791
E.G.M.: 536000
Tarifa: 4599 €
Área: 182 cm² - 20%

ABC

Fecha: 16/05/2014
Sección: OCIO
Páginas: 84

Crítica de teatro

Cabaret del horror

«EL TRIÁNGULO AZUL» ★★★★

Autores: Laila Ripoll y Mariano Llorente. **Dirección:** Laila Ripoll. **Escenografía:** Arturo Martín Burgos. **Vestuario:** Almudena Rodríguez Huertas. **Iluminación:** Luis Perdigüero. **Intérpretes:** Manuel Agredano, Elisabet Altube, Marcos León, Mariano Llorente, Paco Obregón, José Luis Patiño y Jorge Varandela. Teatro Valle-Inclán. Madrid.

JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

Un montaje rotundo, emocionante, revelador, cuyo formidable vuelo logra que el espeso pájaro de la pesa-

dumbre se abata sobre el corazón. Laila Ripoll y Mariano Llorente elaboran, con material propio del teatro documento, un soberbio trabajo dramático ajustando la trágica peripecia de los españoles en el campo de concentración de Mauthausen a una angustiosa y muy bien concebida trama sobre la preservación de fotografías de las actividades del siniestro lugar, que habrían de convertirse en el juicio de Núremberg en prueba de peso sobre las atrocidades allí cometidas.

Marcados con el triángulo azul de apátridas con la s de «spaniaker» inscrita en él, los republicanos españoles, de cuya suerte se desentendió el Gobierno franquista, se las apañaron para organizar un colectivo solidario en aquellas circunstancias. Un estupendo libro de Montserrat Llor recién publicado

(«Vivos en el averno nazi», editorial Crítica) recoge testimonios como el del superviviente José Alcubierre sobre detalles también reflejados en esta obra, estructurada en clave de «flashback» como el posterior descargo de conciencia de Paul Ricken, encargado de documentar fotográficamente con minuciosidad germana el día a día de Mauthausen. Sensible y culto, graba un mensaje dirigido a sus hijos, a los que intenta explicar cómo su patriotismo le hizo sumergirse en un río de sangre en el que tanto daba intentar remontar como dejarse arrastrar por la corriente.

Los españoles Antonio García y Francisco Boix, reclutados como ayudantes de Ricken para el revelado y archivo de aquel material fotográfico, son la pareja contrapuesta en torno a la que se articula la aventura de lograr que un pa-

quete de fotos saliera del campo. La acción está salpicada por oportunas aportaciones videoescénicas de Álvaro Luna y notables, graciosos y por ello estremecedores números musicales firmados por Pedro Esparza, que evocan la ronda formada por los españoles en aquel infierno y dan al conjunto una contundencia de desharrapado cabaret del horror. A las interpretaciones eminentes de José Luis Patiño y Marcos León, como García y Boix respectivamente, se suma el magnífico trabajo coral, con una patética y tierna Elisabet Altube en el papel de la gitana prostituida por los alemanes, el brutal capitán Brettmeier de Mariano Llorente, el kapo español llamado La Begún que encarna con propiedad Manuel Agredano y el casi angelical preso que pone en pie Jorge Varandela.



Una escena de *El triángulo azul* sobre las tablas del teatro Valle-Inclán. / MARCOS PUNTO

crítica teatro

La imbatible productividad del campo de exterminio

EL TRIÁNGULO AZUL

Autores: Laila Ripoll y Mariano Llorente. Intérpretes: Manuel Agredano, Elisabet Altube, Marcos León, M. Llorente, Paco Obregón, José Luis Patiño y Jorge Varandela. Músicos: Carlos Blázquez, Carlos Gonzalo y David Sanz. Video: Álvaro Luna. Música: Pedro Esparza. Vestuario: Almudena Rodríguez Huertas. Luz: Luis Perdigero. Escenografía: Arturo Martín Burgos. Dirección: L. Ripoll. Teatro Valle-Inclán. Hasta el 25 de mayo.

JAVIER VALLEJO

Teatro imprescindible, porque divulga un episodio central, incómodo y orillado de nuestra historia reciente. Los guardias

de Mauthausen llamaban rotspanier (españoles rojos) o spaniaker a nuestros compatriotas republicanos apresados por los alemanes en Francia, que los consideraron apátridas en vez de prisioneros de guerra y los recluyeron allí a partir del 24 de agosto de 1940, mientras eran abandonados a su suerte por Juan Luis Beigbeder, ministro de Asuntos Exteriores del segundo Gobierno de Franco, y por Ramón Serrano Suñer, su sucesor en octubre de ese año.

Laila Ripoll y Mariano Llorente organizan su recreación de la vida en Mauthausen (que se fue ampliando hasta abarcar una cincuentena de subcampos y

kommandos) a través del relato retrospectivo del hauptstcharführer Paul Ricken, director del servicio de identificación fotográfica del lager, y de dos de los tres españoles que tuvo a sus órdenes. Antonio García y Francisco Boix escondieron copias de fotos de sus compañeros asesinados y de los mandos nazis que visitaron aquella industria del exterminio, tan eficazmente implementada por el Lagerkommandant Franz Ziereis, refinado asesino de Estado que estuvo al cargo de todo aquello desde febrero de 1939. El testimonio de Boix en los juicios de Núremberg fue decisivo para probar la responsabilidad criminal de 58

miembros de las SS, organización gestora de los campos, y para probar también que jerarcas como Albert Speer, arquitecto y ministro de Armamento del Reich, estaban al tanto del trabajo esclavo que los prisioneros hacían en canteras de empresas privadas, fábricas de municiones, granjas y en negocios que perviven aún. Ripoll y Llorente puntúan la acción dramática con paréntesis musicales desenfadados (a la manera de los espectáculos de Brecht), inspirados en la rondalla creada en Mauthausen por los prominentes españoles (los presos de mayor jerarquía), con permiso de los oficiales. El espectáculo, que solo por lo que cuenta ya vale la pena, tiene, además, una trama bien hilvanada, un duó protagonista masculino con caracteres contrapuestos definidos vigorosamente por José Luis Patiño y Marcos León; un papel secundario, el chico del kommando Poschacher, que irradiia una ingenuidad mágica en la interpretación de Jorge Varandela, y un trabajo coral convincente y equilibrado, en el que se singularizan la gitana luminosa, tierna y sensual de Elisabet Altube, y el monstruoso capitán Brettmeier, trasunto del schutzhälftefährer Bachmayer, que interpretado por Mariano Llorente es un cruce entre Mussolini y Alexander Muzhychko, líder caído del Pravý Sektor, organización ultraderechista ucraína, cuya violencia catalizó las protestas del Maidán este invierno y cuyo distintivo es el wolfsangel de la poderosa División Panzer Das Reich, azote del Ejército Rojo en la 3ª Batalla de Járkov.

Dos objeciones: la recreación burlona, hiriente, del martirio de Hans Bonarewitz —¡qué parte del público acompaña con palmas!— es prueba de que representando la crueldad se banaliza la crueldad. Sería comovedor y catártico si lo relatase Ricken (Paco Obregón), como Marguerite Duras relata el calvario de su marido en *La douleur*. Las fotos y filmaciones proyectadas son más elocuentes que la alegoría de la tortura de Toni. Afortunadísima la canción que comparte título con este espectáculo tan revelador y restallante.

EL TRIÁNGULO AZUL.RIPOLL. LLORENTE. CRÍTICA

ESCRITO POR JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

SÁBADO, 17 DE MAYO DE 2014 11:23

EL TRIÁNGULO AZUL EL EXILIO DE LOS OLVIDADOS

La Guerra Civil provocó que miles de españoles emprendieran el camino de exilio. La suerte que corrieron fue diversa. Algunos rehicieron sus vidas en los países que les acogieron y no pocos de ellos triunfaron profesionalmente. Otros regresaron cuando pudieron y hubo quienes se negaron a hacerlo mientras viviera el dictador, momento que para muchos llegó tarde. Sabemos bastante de la vida y milagros de los intelectuales, artistas y políticos más conocidos y no tanto de la de los ciudadanos de a pie cuyos nombres nada nos dicen. Es frecuente encontrar en América y en buena parte de Europa a hijos y nietos de republicanos que mantienen viva, aunque cada vez más débil, su memoria. De esa memoria que el Régimen quiso y en buena medida logró borrar y que la democracia intenta recuperar superando la desidia oficial e inexplicables trabas, hay parcelas poco exploradas y otras que, a día de hoy, permanecen vírgenes. Es llamativo que el manto de silencio haya sido siempre más espeso en lo tocante al exilio protagonizado por los derrotados combatientes españoles que se quedaron en el viejo continente cuando sonaban ya con fuerza los tambores que anuncianan la segunda guerra mundial. Mientras la prensa franquista anunciaría a bombo y platillo la creación de la **División Azul** y daba cuenta de los supuestos éxitos de la cruzada contra el comunismo, nada se decía del paso de los supervivientes del ejército republicano por los campos de refugiados del sur de Francia ni de su incorporación a la resistencia. Tardamos mucho en saber que la columna **Leclerc**, que liberó París en 1944, estaba plagada de españoles. De otras cosas nos enteramos mucho más tarde y no siempre les prestamos la atención debida. Los horrores vividos en los campos de exterminio nazis estremecieron al mundo. También a los españoles, pero cuando supimos que entre las víctimas había compatriotas, apenas nos interesamos por las circunstancias que les habían llevado hasta allí, de cómo vivieron su reclusión, de cuantos perdieron la vida y qué fue de los supervivientes. Solo los sinceramente empeñados en recuperar la memoria de la reciente historia de España van rescatando del olvido esas páginas, analizándolas e invitando a reflexionar sobre su contenido. A esos propósitos responde esta obra, escrita al alimón por **Laila Ripoll** y **Mariano Llorente**, que versa sobre los republicanos españoles que, capturados por el ejército alemán en territorio francés, dieron con sus huesos en **Mauthausen** inmediatamente después de que el gobierno español, consultado al respecto, se desentendiera de su suerte.



FOTO: marcosGpunto

El triángulo azul describe como se vivía y se moría en aquel infierno. Lo hace a través de los recuerdos de una de las personas que trabajó en el campo de concentración y que, por su rango y la función que desempeñaba, mejor informada estaba. Se trata de **Paul Ricken**, responsable de fotografiar a los prisioneros, a sus carceleros, a las autoridades nazis que visitaban **Mauthausen** y todo aquello que, sin ninguna excepción, sucedía en su interior, incluidas las ejecuciones. Por él sabemos que, para ayudarle a revelar y archivar aquel material destinado a la **Gestapo**, contaba con tres prisioneros españoles, dos de los cuales juegan un papel importante en la trama de la obra. En efecto, ellos son los protagonistas de la principal de las historias que componen este retablo escénico. Desobedeciendo la orden de hacer cinco copias de los negativos, obtenían una más, que ocultaban y que, en un determinado momento, lograron sacar del laboratorio fotográfico de forma clandestina. Actuando como correos, una prostituta gitana y uno de los presos que cada día salían del campo de concentración para trabajar en unas canteras cercanas, lograron que tan valiosos documentos gráficos llegaran al exterior. Durante el proceso de **Núremberg**, sirvieron para probar los crímenes cometidos y poner rostro a sus autores.

He calificado el espectáculo de retablo y lo es en la medida en que se trata de un conjunto de escenas que muestran la realidad de aquel museo de los horrores. En lo que tiene de evocación del pasado, cabe establecer algún vínculo estético y de contenido con el teatro de la muerte de **Tadeusz Kantor**. También los encontramos con **Brecht** por la incorporación, con efecto distanciador, de canciones satíricas y mordaces que conforman un espectáculo entre revista musical cutre y cabaré, que, haciendo burla de su desgraciada situación, interpretan los propios presos en la sala de cine habilitada para uso de los SS. Pero el vínculo mayor es el que se establece con el teatro que, en su doble función de autora y directora, viene construyendo **Laila Ripoll**, entre cuyos títulos esenciales figuran *Atra bilis*, *Los niños perdidos* y *Santa Perpetua*. Es un teatro primo hermano del de **La Zaranda**, al que cuadra la etiqueta de grotesco español y que bebe y se integra en una corriente alimentada por la escritura satírica y barroca de **Quevedo**, el esperpento valleinlanesco, las pinturas negras, *Los disparates* y *Los desastres de la guerra* de **Goya**, el expresionismo de **Gutiérrez Solana** y las estampas del álbum *Galicia mártir* de **Castelao**. Rastros de todo ello hay en *El triángulo azul*, consiguiendo que la brutal realidad de las imágenes proyectadas en las paredes del escenario sea superada por el

sarcasmo de su representación escénica. Tal vez los momentos en que ese realismo deformado alcanza su máxima expresión sean la recreación cómica de un ajusticiamiento; la descripción jocosa que **Paco**, uno de los ayudantes de **Ricken**, hace de las atrocidades que contempla a través de un ventanuco; y las actuaciones musicales, incluidos los bailes agarrados de los reclusos y de un esqueleto que se les une, ejecutados con acompañamiento de acordeón, violín y clarinete.

En el espectáculo se alternan las escenas corales, en las que los actores representan a seres anónimos, y las protagonizadas por personajes con nombre y apellidos. Unas y otras están bien trabadas y se desarrollan con buen ritmo. Siete actores y tres músicos dan vida a víctimas y verdugos. Siendo tan escaso su número, aparentan ser muchos gracias a una cuidada y dinámica escritura de los movimientos. Cuando el trabajo se individualiza, el de todos merece ser elogiado. **Paco Obregón** da vida a **Paul Ricken**, que actúa como narrador de lo sucedido dos décadas antes y, al hilo de su relato, trata de entender qué le llevó a él, un ser culto y sensible, a colaborar, so pretexto de servir a su patria, en aquella loca aventura que desembocó en planificada orgía de sangre. Durante el monólogo en el que evoca el pasado, transmite la imagen de un hombre resignado a no encontrar respuesta satisfactoria a sus preguntas, cuyo único consuelo es saber que sus fotos, aunque no fuera esa su voluntad, sirvieron para que el mundo conociera los hechos y para que se hiciera justicia. En las partes escenificadas de sus recuerdos, se nos muestra, primero, como el funcionario obediente obsesionado con hacer bien su trabajo, y, luego, como el hombre que planta cara, a riesgo de ser castigado por ello, al déspota oficial que dirige con mano de hierro el campo. Obregón afronta con emoción y talento sus papeles de relator y de testigo pasivo y, llegado el momento, con admirable contención el de rebelde que, sintiéndose caído en desgracia, abandona su habitual prudencia. El del oficial alemán, **Martin Brettmeier**, lo asume **Mariano Llorente**. El insensible, despreciable e implacable tipo que dibuja podría parecer el más grotesco de los personajes si no supiéramos que es fiel retrato de tantos y tantos nazis que participaron con entusiasmo en el exterminio de millones de ciudadanos europeos.

José Luis Patiño es **Toni**, uno de los ayudantes de **Ricken**, con momentos conmovedores en ese papel, cuya versatilidad le permite afrontar con solvencia otros papeles de factura bien distinta, entre ellos el de cantante en la troupe musical. El otro ayudante del fotógrafo, **Paco**, lo interpreta **Marcos León**, el que espanta el miedo a base de humor negro, pero que no le rehúye, pues es el que desencadena el arriesgado proceso de poner a buen recaudo el material fotográfico hurtado. **Manuel Agredano** se mete en la piel de otro español, éste de mala baba, conocido como **La Begún**, que, de matar a presos franceses porque les odia, pasa a ser confidente y colaborador de las autoridades del campo y feroz enemigo de sus compatriotas, a los que tortura y delata. Hay en la obra dos personajes que escapan a la deformación propia del grotesco, cuya presencia aporta al espectáculo un contrapunto realista tan necesario como oportuno. Uno es **Jacinto**, casi un muchacho, inexperto y desconfiado, que se ve arrastrado a una empresa tan arriesgada como es la de sacar las fotos del campo. **Jorge Varandela**, es el intérprete de ese ser cargado de miedo y sin madera de héroe que acaba siendo brutalmente torturado y reducido a la condición de pelele. **Oana**, la prostituta, es el otro personaje. Estamos ante una criatura explotada sin piedad, pero a la que nada ni nadie le ha hecho perder la ternura que prodiga entre quienes la necesitan. Su ejecución sumaria a manos del bárbaro **Brettmeier** es sentida como el acto que la libera de una vida de infinito e insoportable sufrimiento. Una conmovedora y frágil **Elisabet Altube**, apenas velada su desnudez con una bata de batalla, borda un papel que parece hecho a su medida.

Título: *El triángulo azul*

Autores: Laila Ripoll y Mariano Llorente

Música: Pedro Esparza

Escenografía: Arturo Martín Burgos

Iluminación: Luis Perdigüero

Vestuario: Almudena Rodríguez Huertas

Videoescena: Álvaro Luna

Espacio sonoro: David Roldán "Oru"

Ayudante de dirección: Héctor del Saz

Producción: Centro Dramático Nacional.

Músicos: Carlos Blázquez, Carlos Gonzalvo, David Sanz

Intérpretes: Manuel Agredano (*La Begún*), Elisabet Altube (*Oana*), Marcos León (*Paco*), Mariano Llorente (*Berttmeter*), Paco Obregón (*Paul Ricken*), José Luis Patiño (*Toni*), Jorge Varandela (*Jacinto*)

Dirección: Laila Ripoll

Duración: 2 horas y cuarto

Estreno en Madrid: Teatro Valle Inclán (Sala Francisco Nieva), 25 - IV- 2014



FOTO: marcosGpunto

JERÓNIMO
LÓPEZ
MOZO



Mauthausen al teatro

mayo 4, 2014 [Escena](#), [Noticias](#) 0

“¡Qué maravilla!”, podía escucharse a la salida de la sala Francisco Nieva, en el **Teatro Valle-Inclán**, anoche, pasadas las dos horas y cuarto de representación. Por vez primera, tardé más de media hora en abandonar sus puertas. El estupor, la emoción y el asombro, eran comunes en todos los que allí estábamos. Algo que solo podía lograr **Laila Ripoll** y su *El Triángulo Azul*, obra que co-dirige junto a **Mariano Llorente** y que estará en cartel hasta el 25 de mayo.



Una de las escenas más cómicas de la obra

Mauthausen fue el campo de concentración nazi escogido para destinar a los siete mil apátridas españoles, de los que Franco se desentendió a comienzos de la II Guerra Mundial. Precisamente fueron estos, los distinguidos con el triángulo azul (de apátrida español), los que pusieron su vida en juego y consiguieron sacar las fotografías que devolvieron la libertad a Mauthausen. Solo 2.000 españoles seguían vivos. Diez años de investigación histórica y documentación gráfica le hicieron falta a Ripoll para trasladar Mauthausen al teatro y es que, tal y como descubrió en su búsqueda, el teatro llegó ya antes al campo, precisamente, a manos de nuestros olvidados. Cargada de altas dosis de humor negro, la obra es testimonio del horror sufrido en la piel de quienes confiaban en un mundo que parecía haberse olvidado de ellos.

Entre la oscuridad y el chirrío de la escenografía, ilumina la voz y la actuación de **Paco Obregón**, narrador de la historia en un presente; las representaciones musicales, que consiguen la atención del espectador a cada minuto y las proyecciones gráficas que nos hacen viajar hasta la realidad que envolvió los alambres eléctricos que rodeaban Mauthausen.

Espléndida **Elisabet Altube**, en el papel de Oana, una joven obligada a prostituirse, cuya risa contagia de esperanza y valor. Y **Jorge Varandela**, como Jacinto y lo que haga falta, porque su caracterización y registro no encuentra límites en *El Triángulo Azul*, y es que, la verosimilitud es sinónimo de su forma de actuar, logrando lágrimas o carcajadas según él mismo decida.

Una opción sublime para aprender, disfrutar y reivindicar lo que fuimos y aún seremos. El merecido reconocimiento a los abuelos de muchos de los que hoy llenan la sala. Una clase de historia acelerada más empática que ninguna otra lección sobre el pupitre.

2014-05-03 12:37:58

Antonio Castro

El triángulo azul: crónica del horror

Un triángulo azul distinguía a los más de 7.000 españoles que fueron internados en el campo de concentración de Mauthausen al comenzar la Segunda Guerra Mundial. Poco más de dos mil sobrevivían en el momento de la Liberación. Ripoll y Llorente han hecho una estremecedora crónica teatral del horror que vivieron aquellos compatriotas repudiados por Franco y que, tras ser liberados, no pudieron volver a su patria. "El triángulo azul" se representa en el teatro Valle Inclán hasta el 25 de mayo.



El Triángulo Azul.

Autor: MarcosGpunto

Los autores toman como hilo conductor la audacia de dos prisioneros, trabajadores en el laboratorio fotográfico del campo, que consiguieron sacar documentos suficientes para probar posteriormente las atrocidades nazis y condenar a muchos de sus autores. Pero también asistimos a una ceremonia grotesca, a una revista musical puesta en pie por los presos españoles a ritmo de chotis o pasodoble. No hay frivolidad, hay ganas de vivir, de evadirse del horror tras las alambradas. Paco y Toni, los fotógrafos, fueron realmente Antonio García y Francisco Boix. Los españoles olvidados por Franco todavía tienen pendiente el homenaje del pueblo español. Por eso la obra de Ripoll -que ya escribió "Los niños perdidos" hace diez años- tiene el valor del documento, del recordatorio. Y todo ello con un armazón teatral extraordinario. No se ahorran escalofríos al público; no se evita poner un nudo en la garganta del espectador. Durante dos horas el teatro recupera el valor de poner ante nuestros ojos una realidad que, quizás, preferimos ignorar. Hay inteligencia en el diseño del espacio escénico, reforzado por las proyecciones de fotografías reales. También la iluminación crea atmósferas frías, irreales, como de pesadilla. Tal vez el texto, sobre todo en la primera media hora, tiene exceso de información, lastrando el avance de la acción. Pero cuando todas las circunstancias han sido expuestas, el drama avanza imparable. Para las canciones se inspiran los actores en la más negra de la estética goyesca o solanesca. Sobre todo el chotis "El crematorio" es puro esperpento y hay también una pesadilla con todo el horror de los grabados goyescos y hasta el carretón del Baldadiño valleclanesco.

Tres músicos y siete actores ofician la ceremonia totalmente entregados. Nadie flaquea durante las dos horas de representación. Están en una escala de edades entre la adolescencia y una resignada madurez. Quizás el público recuerde la emocionada carta al hijo que recita José Luis Patiño. O el desarmante candor de Jorge Varandela como el adolescente que jugará un papel decisivo en la heroica acción. Pero todos están impecables.

Es inevitable retrotraernos medio siglo atrás para encontrar el estreno en Madrid de "Terror y miseria del III Reich". Lo dirigió Plaza con el TEI en el desaparecido teatro Benavente. Se estrenó el 8 de agosto de 1974, en pleno verano, cuando los teatros se quedaban vacíos. Faltaba más de un año para que Franco muriera. Pero aquel estreno fue un éxito clamoroso y consiguió prolongar las representaciones que, más tarde, se trasladaron al Pequeño Teatro de Magallanes. No sé si la pareja Ripoll-Llorente conocían este aniversario. Pero, cincuenta años después, el nazismo mantiene viva la capacidad de horrorizar. Viendo "El triángulo azul" es inevitable acordarse de Brecht porque este texto -y su forma de ponerlo en pie- tiene mucho que ver con su teatro. Solo que nuestros autores han tenido el acierto de entresacar una historia cercana, con protagonistas que fueron, y siguen siendo nuestros. Tal vez eso añada intensidad a las reacciones del público. Porque tras la representación, el patio de butacas se pone en pie aclamando a los actores, ovacionando merecidamente un trabajo que no dudamos en recomendar.

Magistral creación con republicanos españoles en campos de concentración nazis

1 mayo 2014

Por Horacio Otheguy Riveira

“El triángulo azul” distingüía a los españoles de los demás prisioneros de la barbarie nazi. Punto de partida de un trabajo teatralmente admirable, muy bien documentado. Un drama intimista y social, un divertido show musical. Un testimonio trágico, una intriga policiaca, una aventura apasionante.

Calidades al margen —que son muchas—, hay aquí una conjunción de valores teatrales singulares dignos de resaltar: los autores son, a su vez, directora y actor de la misma función, lo que hace que la representación logre una gran armonía dentro del difícil complejo teatral puesto en marcha, con tantos elementos en escena en el que confluyen testimonios históricos con una bien nutrida ficción con tres músicos en escena y siete actores con personajes que expanden su dolor, su capacidad de supervivencia y su esperanza como instrumentos de una historia que jamás debe olvidarse, y con la que todos debemos convivir. *Recordar para no repetir*, porque “El vientre de la bestia sigue fértil” (Epílogo de “La resistible ascensión de Arturo Ui”, de **Bertolt Brecht**).

Una función en la que cabe muy bien la teoría del distanciamiento de Brecht, pero también la expansión desgarradora del humor negro del polaco **Tadeusz Kantor**: influencias nobles para una puesta en escena con vigoroso estilo propio, con una excelente dirección de **Laila Ripoll**, mujer de teatro en una plausible evolución, como la misma propuesta de este **Triángulo Azul** mientras en Matadero-Naves del Español, se representa su versión de una comedia de Lope de Vega, [La cortesía de España](#).



Malditos sin patria que cantan para darse ánimos

Es esta una función que nace de una perspectiva muy difícil de llevar a cabo y en medio de una soledad vergonzante de un tema que a todos nos involucra: los 7000 republicanos españoles que fueron atrapados en el exilio francés, y sobre el que Hitler dio opción al General Francisco Franco, quien respondió que hiciera con ellos lo que quisiera. Así las cosas, en trenes de ganado allá fueron, los únicos apátridas del campo de concentración austriaco que se erigió junto a un precioso pueblo llamado Mauthausen: un campo donde se mataba a golpe de trabajos forzados, alambradas eléctricas, torturas, fusilamientos y cámaras de gas con su humeante chimenea dando señal de que seguía en pie la producción de cenizas de hombres, mujeres y niños judíos, gitanos, comunistas, homosexuales, socialistas, anarquistas de todas las nacionalidades más los malditos rojos españoles sin patria.

Sobre este fondo **Laila Ripoll** y **Mariano Llorente** (quien como actor se reservó el papel del severísimo oficial Brettmeier, interpretación que resuelve con ponderado histrionismo y bien calibrada expresión amenazante) escribieron un texto capaz de unir diversos estilos teatrales sin perder las huellas de la línea principal: una historia perfectamente rodeada de las mismas alegrías, angustias y barbaries que hicieron de aquellos españoles unos seres excepcionales, algunos de los cuales aprovecharon que el afán burocrático de la Gestapo sirviera a la causa de la justicia universal, robando con astucia y gran peligro una serie de fotografías de archivo que demostraron en los juicios de Nuremberg la implicación de altos oficiales que aseguraban haber estado al margen.



Sobre ese camino cargado de suspense, una serie de personajes deambulan con sus contradicciones o buen ánimo y entre todos organizan una revista musical. Esto ocurrió en aquellos tiempos (1942-1945), pero en esta función los números musicales se distribuyen a lo largo de la representación, de manera que las emociones provocadas por las peores situaciones dramáticas se ven interrumpidas por chotis, cuplés, coplas... de un grupo de hombres que necesitan reír y cantar, burlando las propias vicisitudes... porque mañana será otro día al que quieren llegar con vida.

El reparto funciona de maravilla: les une una puesta en escena en la que **Laila Ripoll** ha logrado un muy buen ritmo que a veces frena sus picos más intensos para lograr una intimidad envolvente de la que no se pierde nada, entre gestos y palabras muy medidos. **Sin ninguna duda se ha logrado una formidable unidad utilizando muchos recursos**, pues se trata de un drama intimista y social y un divertido show musical. También un testimonio trágico, una intriga policiaca, y en definitiva una aventura apasionante.

Todos para todos en conmovedor trabajo coral

Paul Ricken es el alemán que cuenta lo ocurrido desde la perspectiva de haber sido uno de los que confió en el Tercer Reich para la salvación de la miserable situación de su país. Es el narrador omnipresente que a veces participa de la acción (una labor muy contenida de **Paco Obregón**, sumido en el difícil círculo infernal del hombre cuyo sentimiento de culpa le tortura; especialmente angustioso para el actor porque jamás participa de las alegrías musicales de sus compañeros; *es siempre Ricken*, el símbolo del ciudadano corriente que se convierte en cómplice activo del terrorismo de estado).



En el centro, Paul Ricken, sugestivo trabajo de Paco Obregón, eje narrativo del espectáculo.

La Begún es el traidor que trabaja como colaboracionista de los verdugos (**Manuel Agredano** se mueve, respira y actúa con el dramatismo de sus emociones, y la violencia de su cuerpo proyectando una pavorosa sensación de realismo, hasta llegar a la única escena de tortura completa con un vigor que da escalofríos). *Paco* es el desesperado que exagera sus bromas y sarcasmos para mejor mantenerse en pie, con algunas escenas en las que tendrá su buena oportunidad de mostrar el factor humano del que es capaz (**Marcos León** lo compone con rica flexibilidad de clown).

En el papel de *Toni*, el artífice de la trama de las fotografías, **José Luis Patiño**, quien juega a su vez varios papeles paralelos todos igualmente interesantes. Con muchos matices, este gran actor (*Don Gil de las calzas verdes*, *Drácula*, *Tantas voces...*) deambula por el espectáculo con fuerza e ingenio, divierte con gran calidad musical al cantar en varios momentos, pero sobre todo en uno de los temas finales, y emociona dirigiéndose al público para “decir” una carta a su esposa, uno de los momentos más tiernos y a la vez más tensos de la obra.

Los actores más jóvenes —y por tanto con menos experiencia— hacen un espléndido trabajo en el que pueden lucir sus estudios musicales y de interpretación con mucha holgura: **Elisabet Altube**, la gitana prostituida —sexy, deliciosa en su extrema delgadez, bastándole sus piernas desnudas calzadas con calcetines para ofrecer la dimensión de un cuerpo del que se abusa, y la sombra de una personalidad que nunca conoceremos suficientemente—, y **Jorge Varandela**, el muchacho temeroso, que padece tortura, y que vive cargando una ambigüedad moral y sexual que mima notablemente, enriqueciendo cada una de sus escenas.



Una labor de conjunto digna de admiración que despierta una solidaridad ideológica a través de una profunda creación artística.

El triángulo azul

Autores: **Laila Ripoll y Mariano Llorente**

Dirección: **Laila Ripoll**

Ayudante de dirección: **Héctor del Saz**

Intérpretes (por orden alfabético): **Manuel Agredano, Elisabet Altube, Marcos León, Mariano Llorente, Paco Obregón, José Luis Patiño, Jorge Varandela**

Músicos: **Carlos Blázquez, Carlos Gonzalvo, David Sanz**

Iluminación: **Luis Perdiguero**

Escenografía: **Arturo Martín Burgos**

Vestuario: **Almudena Rodríguez Huertas**

Música: **Pedro Esparza**

Videoescena: **Álvaro Luna**

Fotos: **marcosGpunto**

Espacio Sonoro: **David Roldán “Oru”**

Lugar: **Teatro Valle Inclán. Sala Francisco Nieva**

Fechas: **Del 25 de abril al 25 de mayo de 2014. Encuentro con el público, Martes 6 de mayo, al finalizar la representación. Entrada libre, hasta completar aforo.**



El amarillo para los semíticos. El marrón para los judíos. El rosa para los homosexuales. Y "Azul como el cielo azul es el triángulo de España..." Los españoles fueron los primeros en entrar en Mauthausen y los últimos en salir. Ningún gobierno se preocupó de si estaban vivos o muertos y tuvieron que lucir el distintivo azul, el de apátrida, porque el gobierno de Franco así lo decidió. Siete mil españoles pasaron por Mauthausen. Los que sobrevivieron no llegaron a dos mil, según comentan los autores de ***El triángulo azul***. El espectáculo escrito por **Laila Ripoll** y **Mariano Llorente** (que forma parte también del reparto) y dirigido por aquélla, que se acaba de estrenar en el **Teatro Valle-Inclán** y que rinde homenaje a estos apátridas que sufrieron y cantaron en el campo de concentración de **Mathausen**. Porque ***El triángulo azul*** es una atípica propuesta que áuna la narración histórica, el vodevil y la intriga con un expresionismo satírico que lo convierte en un montaje mucho más que interesante.

El triángulo azul no busca la conmoción fácil, sino que juega con el humor negro para conseguir sus fines. Un humor negro como el de uno de sus protagonistas, **Paco**, que ríe porque es lo único que puede hacer allí para caer en las garras de la locura y poder así seguir viviendo. Según comentan también los autores, *en la Navidad de 1942 los españoles consiguieron, por primera y única vez en la historia de los campos, autorización para representar teatro. Sabían que, para sobrevivir, no tenían más arma que su moral y su sentido del humor. No escogieron un gran texto áureo, ni una tragedia universal, no. Los deportados españoles del campo de Mauthausen representaron una revista musical repleta de suripantas, vicetipes y pelucas rubias fabricadas con virutas de madera.*

Y el espectáculo utiliza hábilmente este punto de partida y trufa la narración con múltiples números musicales de género netamente español, desde el pasodoble del triangulito hasta el chotis del crematorio (fantásticos) consiguiendo un esperpento trágico que ayuda a tratar de forma muy poco ortodoxa un tema tan espinoso como éste. La historia de estos españoles es narrada por el miembro de las SS **Paul Ricken** (**Paco Obregón**), como un arrepentido ojo que todo lo ve, un personaje omnipresente en escena, muy hábil recurso de **Ripoll** y **Llorente** para contar la historia. Él era el fotógrafo del campo, y sus documentos poseen un lugar fundamental en el montaje (tanto en la narración como en la puesta en escena, ya que se proyectan en múltiples ocasiones). El escenario, tirando a expresionista, recuerda a la cantera en la que se veían forzados a trabajar (con un desagüe en el centro que parece aludir a las infames duchas de gas). Hay un bloque de piedra que sirve de mesa de trabajo y otros bloques de piedra que los personajes desplazan. La sugerente iluminación y un muy certero diseño de sonido acompañan la labor de los actores, espléndida. Un sólido elenco que resulta completamente creíble en cada uno de sus papeles y que (para más INRI), son buenos hasta cantando (acompañados por un grupo de tres músicos en directo). Vamos, que ***El triángulo azul*** es uno de los espectáculos más recomendables que hay en cartelera en la actualidad. Un homenaje *sui generis* al heroísmo de los españoles en los campos y que adopta la peculiar manera de algunos de ellos para enfrentarse al horror. "*Azul como el cielo azul, azul como el cielo azul...ies el triángulo de España!*"



JUEVES, 08 MAYO 2014

Nuestro experto: Ángel Esteban Monje

“El triángulo azul”, una obra necesaria

Laila Ripoll y Mariano Llorente han escrito un texto entre la carnabalada y el horror, capaz de zarandear a cualquier espectador



¿Por qué un pueblo como el alemán, con sus hitos filosóficos, sus músicos, sus escritores puede llevar a producir tal monstruosidad? Se lo pregunta Paul Ricken, encargado de fotografiar cada una de las atrocidades que ocurrían en Mauthausen, mientras nos conduce durante toda la historia de los españoles llegados allí para luchar por la supervivencia. Este fotógrafo es interpretado por Paco Obregón con una tristeza que va in crescendo hasta configurar un personaje-huella de aquel infierno.

Lo primero que se debe comentar de esta obra es que resulta necesaria y que Laila Ripoll y Mariano Llorente han escrito un texto capaz de zarandear a cualquier espectador. Su propuesta entre musical y catastrófica, con esas actuaciones musicales con letras macabras y alegres bailes de pasodoble, de chotis (con pareja de osamenta), configuran un cabaret angustioso, heroico, asfixiante y luchador. Y si alguna de las actuaciones puede que resulte abusiva y alargue en exceso la obra, quizás sea porque, a veces, se nos olvida que aquello fue una verdadera hecatombe y eso nos estomague.

Como un auténtico manual de supervivencia, los ayudantes de Ricken, dos españolitos con su triángulo azul (de apátridas) relleno con la S (de españoles) cosida a la chaqueta de rayas, trazan su plan para sacar ese material del campo. Les dan vida Marcos León, casi de vuelta de todo, y José Luis Patiño, que estuvo interpretando hasta hace unos meses a Tomás Moro y que, al igual que entonces, muestra una actuación sobresaliente, con un manejo de las emociones muy medido y que, además, en las actuaciones musicales se erige en verdadero showman. Otros dos españoles completan el cuarteto ofreciendo mayor contraste a un relato donde cada paso se juega en la cuerda floja. Jorge Varandela es el más joven, el inocentón que cuando se lanza al vodevil enseña todas sus dotes; y luego está Manuel Agredano, un hombre lleno de odios, capaz de vender a sus compatriotas. Por otra parte, Mariano Llorente, aparte de su labor como dramaturgo, da vida (o muerte) a Brettmeier, un sanguinario nazi que es representado con una insidiosa desmesurada y aterradora. Finalmente, Elisabet Altube se encarna en una gitana, prostituida, para darnos una lección de pundonor a través de un cuerpo frágil.

Suena la música del violín, del clarinete y del acordeón a lo largo de dos horas, gracias a un trío que se adapta a las circunstancias, entre tiros, sogas, fotos gigantescas del infierno, el humo del crematorio, el alcohol, el miedo, las pizcas de esperanza, una caverna con un sumidero en el medio. Cantan, bailan. El sarcasmo los libera durante unos instantes de la estulticia. Una danza de la muerte con máscaras. El triángulo azul está repleta de contrastes de dolor y liberación. Un gran homenaje.

* El triángulo azul

Autores: Laila Ripoll y Mariano Llorente

Dirección: Laila Ripoll

Reparto: Manuel Agredano, Elisabet Altube, Marcos León, Mariano Llorente, Paco Obregón, José Luis Patiño, Jorge Varandela

Músicos: Carlos Blázquez, Carlos Gonzalvo, David Sanz

Escenografía: Arturo Martín Burgos

Iluminación: Luis Perdigüero

Vestuario: Almudena Rodríguez

Música: Pedro Esparza

Videoescena: Álvaro Luna

Teatro Valle-Inclán (Sala Francisco Nieva) (Madrid)

Hasta el 25 de mayo de 2014

Calificación: ****

Gente con Duende

El blog de Manu de la Fuente

mayo 15, 2014

El triángulo azul: sobre la condición humana y la cara podrida de nuestro mundo



Eran españoles que se refugiaron en Francia después de la Guerra Civil huyendo del franquismo y se encontraron con país ocupado por los nazis y un gobierno colaboracionista en Vichy que los hizo terminar en Mauthausen, uno de los muchos campos de concentración alemanes en la Segunda Guerra Mundial. Se identificaban con un triángulo azul, como apátridas, porque no los querían en ningún sitio. Malvivieron, sufrieron y murieron. No eran judíos, algunos eran republicanos, otros simplemente arrastrados por la barbarie, eran los españoles del triángulo azul.

Ha sido [la compañía Micomicon](#), con la dirección de [Laila Ripoll](#), y la producción del Centro Dramático Nacional, quien ha puesto en escena este montaje que se pude ver estos días en la Sala Francisco de Nieva del teatro Valle Inclán. El texto lo firman la propia Laila Ripoll y [Mariano Llorente](#), quien también es uno de los actores protagonistas. Junto a él, otros clásicos de Micomicón, como Manuel Agredano, Marcos León o [José Luis Patiño](#), a quienes hemos visto en la memorable ["Trilogía de la Memoria: Atra Bilis, Los niños perdidos y Santa Perpetua"](#). Montajes, especialmente el primero, mejorables y ejemplo de la excelencia sobre un escenario. Junto a estos actores, Paco Obregón y los jóvenes [Elisabet Altube](#) y Jorge Varandela, que pone una nota de frescura y juventud que dan un aire muy especial. Además de teatro hay música en directo con Carlos Blázquez, David Sanz y Carlos Gonzalo y algunas canciones con marcado carácter satírico interpretadas con voluntad, aunque con discutida calidad musical

Por la información que tenemos, no es difícil imaginar la vida de un grupo de prisioneros (que podríamos denominar políticos) en un campo de concentración nazi. El único lema es sobrevivir ante tanta barbarie: unos optan por unirse al carro vencedor lamiendo las botas de sus verdugos como La Begún, otros intentan sonreír bajo la máscara de una aparente insensibilidad como Paco, el miedo y la obediencia con un oculto espíritu de rebeldía como Oana y Toni, la inocencia adolescente de Jacinto, etc. Y frente a ellos Brettmeier, el Jefe de Seguridad del campo, personaje interpretado por Mariano Llorente, representante de una clase de hombres despreciables con el corazón y el alma podrida, unos hombres que de una superioridad consciente muestran hasta dónde puede llegar la repulsión de la raza humana. Despreciable desde su posición y uno más entre los culpables del genocidio judío, aunque no el único, porque también fueron muchos quienes colaboraron entre los prisioneros. Aquí el ejemplo es el personaje de La Begún, interpretado por Manuel Agredado, que maltrata a sus compañeros sin ningún rubor. Es la lucha por sobrevivir en un mundo podrido, sin terreno para los sentimientos ni para la compasión. Una lección difícil de olvidar.



Es teatro político, teatro que recuerda y honra al mismo tiempo, a tantos españoles que murieron ante la indiferencia de su propio país, enfrascada en una dictadura fascista en donde no tenían cabida aquellos que se salían del estrecho camino marcado por el régimen. Eran los perdedores de la guerra y la compañía Micomicón y el teatro rinden homenaje a esas víctimas de la barbarie humana. Además se demuestra como el teatro puede servir para redimir penas y poner en relieve ideas, valores y el respeto a los derechos humanos. Importante es recordar, mirar hacia atrás y aprender de nuestra historia más reciente. Pero por desgracia, a pesar de haber entrado en el siglo XXI, parece que son muchos los que no quieren aprender, quizás no fueron a clase de historia, o quizás el alma humana está tan podrida que es imposible aspirar a la bondad humana. Son muchos los que luchan por los derechos humanos, ONG's que se esfuerzan día a día en paliar el sufrimiento de cientos de miles de personas inocentes atrapadas en guerras, conflictos e intereses de poder



¿Aprenderemos algún día la raza humana a saber convivir entre nosotros? O seguiremos repitiendo errores en cada época de la historia como analfabetos que no quieren mirar hacia atrás, que no quieren aprender y no miden consecuencias entre sus semejantes. Seguimos impulsando guerras y corrupciones a todos los niveles con una inmensa carga de desprecio por los que están a nuestro alrededor sin tomar conciencia de nuestros actos

Enhorabuena Micomicón por la puesta en escena, enhorabuena por el texto duro, crudo y revelador de la más triste condición humana, enhorabuena por las interpretaciones a todos los actores que consiguen golpear al público en sus butacas, enhorabuena al Centro Dramático Nacional por apoyar estas producciones que demuestran que el teatro también es voz para los olvidados y desentrañar la condición humana.

EL TRIANGULO AZUL

De Laila Ripoll y Mariano Llorente

Dirección: Laila Ripoll

Reparto: Manuel Agredano, Elisabet Altube, Marcos León, Mariano Llorente, Paco Obregón, José Luis Patiño y Jorge Varandela

Músicos: Carlos Blázquez, Carlos Gonzalvo, David Sanz

Teatro Valle Inclán – Sala Francisco de Nieva

Hasta el 25 de mayo de 2014

Horarios: De Martes a Sábado 19:00 horas y Domingos 18:00 horas



El triángulo azul de Laila Ripoll y Mariano Llorente en el Centro Dramático Nacional

En algún momento habrá que recoger en un libro el trabajo constante y arriesgado de algunas compañías de teatro madrileñas que han conseguido sobrevivir a una época donde los que deciden sobre cultura no han hecho más que mirar hacia otro lado. Estas compañías, a diferencia de las que se han formado en otros lugares de este país, han tenido que mantener la coherencia y la pelea por ser honestos con el teatro que hay que hacer y no con el que el respetable pide en un territorio lleno de confusión ideológica. Laila Ripoll y Mariano Llorente son dos profesionales de larga trayectoria en diferentes ámbitos de la escena. Aquí, al frente de un equipo espléndido, han escrito a cuatro manos una obra en la que, de nuevo, recuperan eso tan importante para el hombre moderno que es: La memoria. Porque sin memoria, sin saber cuáles son nuestros orígenes, no podemos "ser": Sin pasado no existe el futuro. La obra es sencillamente necesaria en nuestros escenarios. Se propicia por fin esa labor que ha de tener el teatro, conseguir que la ciudadanía se encuentre y dialogue. Aunque es ficción, hay mucho de realidad porque sin mirar la vida no se puede imaginar un mundo mejor. Está hecha con amor y desde el amor, a la vida y al teatro. Una obra que debiera estar subvencionada para que se hiciese en todos las salas a puertas abiertas, para que nos reencontremos con el teatro y con el sentido profundo que este tiene. Y además, no lo hacen de manera maniquea ni fácil, juegan a la comicidad delirante de un cabaret de la muerte que permite distanciar el dolor para sentirlo de manera más profunda. Todas las piezas de esta propuesta encajan perfectamente, nada es casual ni gratuito. Si quieren ir al TEATRO, vayan a ver esta función.

Adolfo Simón



El triángulo azul/Laila Ripoll y Mariano Llorente

Detalles Categoría: Críticas de espectáculos 20 May 2014

Escrito por David Ladra

Mauthausen, el campo de los españoles

Una prueba evidente del compromiso que el teatro de Laila Ripoll mantiene con la historia reciente de nuestro país ha sido la sobresaliente revisión de la Trilogía de la Memoria que, durante el pasado mes de enero, mostró Micomicón en la Cuarta Pared. Y es que la autora goza de un sexto sentido para situar un acontecimiento cotidiano – un velatorio, unos niños que juegan en un desván, un hombre que reclama la bicicleta de un familiar - en su verdadero marco terrenal: la sociedad patriarcal de nuestros pueblos, la atrocidad de un orfanato de Auxilio Social, o la insanía de una usurpadora criminal a la que tiene por "santa" toda la sociedad.

Trasladado así el hecho a sus coordenadas reales, lo ocurrido cobra sentido, nos revela sus aspectos ocultos y, por lo general, nos espanta al conocer en qué consistió de verdad. Pero esta especie de ciudadanos clarividentes, de Tiresias urbanos, no llega a prosperar en nuestro solar, arrasado éste como está por falsos adivinos y profetas, corredores de mitos y doctrinas, embusteros profesionales y otros depredadores de ideas aún por clasificar. Entonces, ¿cómo conocer nuestro pasado? Puestas aparte las gestas "patrióticas" (la Reconquista, los Reyes Católicos, el Imperio, el 2 de Mayo y el Glorioso Alzamiento Nacional), en los colegios e institutos esta materia – la Historia, digo - no se da y en la Universidad más bien se oculta tras una espesa máscara facial que, partiendo de un fondo castizo y obsoleto, se acicala con "papers" de carácter internacional. Ante esta confusión, la mirada clarificadora y transparente de artistas como Laila Ripoll resulta imprescindible en ocasiones para recuperar una memoria que se quiere olvidar a toda costa. Y esto es precisamente lo que ocurre en El triángulo azul, su último estreno, que nos habla en el teatro Valle-Inclán del trágico e ignorado destino de los prisioneros españoles en el campo de concentración de Mauthausen, en Austria, a orillas del Danubio y cerca de la ciudad de Linz.

A diferencia de las piezas de la trilogía, que parecen emancipadas y como surgidas de sí mismas al conjuro del ingenio y la imaginación de la autora, El triángulo azul, escrita con Mariano Llorente, ha requerido una labor de meses para establecer su documentación. Y ello, porque la suerte de aquel contingente hispano no suscitó jamás el menor interés por parte de las autoridades españolas, que les dejaron indocumentados y en el limbo una vez que la España franquista renegara de ellos. Con razón, se dirá el lector, en cuanto en su mayor parte eran "rojos" de los que cruzaron la frontera francesa en febrero del 39 huyendo de las tropas "nacionales", fueron luego internados de una manera indigna en miserables campos de refugiados por el gobierno del Frente Popular del país vecino y terminaron entregados al Tercer Reich por el régimen del mariscal Pétain para que trabajaran como esclavos. Y aunque, como sus fieles aliados, los nazis se los ofrecieron a Franco en sacrificio, el Caudillo los rechazó con desdén (bastante quedaba por hacer en España) y llevaron desde aquel momento en el pecho, como marca infamante, el triángulo azul de los apátridas (aunque la pasión por el orden de los germanos insertara la S de Spanier en la citada figura geométrica).

Concebido como un campo de exterminio por el extenuante trabajo en sus canteras, Mauthausen estuvo inicialmente programado para acabar con los enemigos del nazismo: socialistas, comunistas, anarquistas y toda clase de artistas e intelectuales antifascistas acompañados, para mayor escarnio, por prostitutas, maricas y gitanos. Procedentes primero del corazón del Reich, Austria, Alemania y Checoslovaquia, fueron llegando luego polacos, españoles, húngaros, yugoslavos y rusos más, cada vez con mayor frecuencia, judíos excedentes de Auschwitz o de Dachau que no daban abasto, lo que llevó consigo la construcción de cámaras de gas y crematorios. En el momento de su liberación por las tropas norteamericanas en mayo de 1945, estaban encerrados en el campo unos 85.000 prisioneros. Quemados sus archivos por los nazis, no se conoce con exactitud el número de personas allí ejecutadas pero los cálculos oscilan entre los 120.000 y los 220.000 muertos. A partir de agosto de 1940, pasaron por el campo

unos 7.300 españoles. En la Navidad de 1942, momento álgido de la obra de Laila Ripoll, siete de cada diez ya habían perecido. Los que salieron vivos del infierno en 1945 no llegaban a los 2.000.

Como nadie lo hacía por ellos, fueron los supervivientes del campo quienes escribieron su propia historia y son sus testimonios los que han utilizado los autores para montar la trama de *El triángulo azul*. De tal manera que, de la mano de Llorente y Ripoll, nos vemos deambulando por las instalaciones del "lager" y trabajamos conocimiento con algunos de sus moradores. El primero será un alemán, Paul Ricken, un viejo profesor abducido por el nazismo que, para cuando comprenda el verdadero significado de éste, estará ya definitivamente comprometido con su barbarie. En su función de responsable del Servicio de Identificación Fotográfica del campo, él será nuestro guía y nos introducirá a sus dos ayudantes, los presos españoles Toni y Paco, trasuntos de dos personajes históricos extraídos de las memorias antes citadas: Antonio García y Francesc Boix. La relación de Toni con Oana, una prostituta gitana, y la de Paco con Jacinto, un joven prisionero que trabaja fuera del campo, configura la cadena que va a permitir a los dos fotógrafos sacar de Mauthausen un valioso conjunto de instantáneas que reflejan su horrenda realidad. Otra pareja ronda continuamente, la formada por Brettmeier, un oficial de las SS, y La Begún, un sanguinario kapo español odiado por sus compatriotas. Ambos forman una perfecta combinación de brutalidad y servilismo que pronto nos hace comprender que el campo no tiene salida, ni para sus presos ni para sus guardianes, atenazados todos por una inabarcable abyección.

Y sin embargo, algo se mueve en un panorama tan dantesco: y es que, a pesar de las dificultades, los presos están organizados y aunque saben que antes o después morirán allí, quieren hacerlo con dignidad, habiendo cumplido con su deber (el "lager" continúa la lucha antifascista) y dejando las pruebas necesarias para que el día de mañana los verdugos sean castigados. En este sentido, el empeño de Toni y Paco por salvaguardar las fotografías refleja la verdad histórica, en cuanto aquel paquete de documentación se utilizó como prueba de cargo en el juicio de Nuremberg; pero además es representativo del trabajo de resistencia que, junto con las demás nacionalidades organizaron los presos españoles en su encierro. No es raro que así fuera dada la experiencia combativa que habían adquirido durante la Guerra Civil, en los campos franceses o en la lucha contra los nazis hasta el momento en que fueron apresados. A pesar de su pequeño número, Mauthausen fue entonces conocido como "el campo de los españoles" y cuando llegaron los americanos, la pancarta desplegada sobre la puerta de entrada - "Los españoles antifascistas saludan a las fuerzas liberadoras" - lo decía así, en español.

Elaborado el texto, viene ahora la parte más complicada para Laila Ripoll, su directora, que es llevarlo a la escena de tal modo que el espectador no quede bloqueado por el espanto y llegue a comprender las razones por las que aquellos hombres y mujeres prosiguieron su lucha en condiciones tan adversas. Una primera opción consistiría en narrar esta historia de una manera realista, como si fuese un drama psicológico o una serie de televisión, dándole al sentimiento y la emoción una preponderancia sobre el razonamiento que llevaría al público sin duda a esa situación de hipersensibilidad anímica e inmovilismo intelectual que precisamente se pretende evitar. Una trampa en la que, desde luego, no podía caer una directora que ha sabido encontrar, para cada una de sus obras, la forma exacta que le convenía. Baste con recordar, volviendo por un momento a la trilogía, que la manera de interesar al espectador por los sucesos y los personajes de aquellas tres tragedias de posguerra fue echar mano, sistemáticamente, de un recurso tan castizo como lo grotesco, ese espejo deformante de la realidad que ha sido la marca más característica de los artistas preferidos de la autora: Quevedo, Goya, Valle-Inclán, Arrabal, Paco Nieva o La Zaranda. No es de extrañar por tanto que, a la hora de crear un marco estético para su nueva obra, Laila Ripoll haya querido explorar una vez más ese camino de lo burlesco que tan buen resultado le ha dado en otras ocasiones. Y es que, además, se cuenta con un precedente en la historia del campo que podía dar pie al uso del humor: no se sabe cómo ni por qué, los presos españoles obtuvieron permiso para representar una revista en la Navidad del 42. Acompañada por una orquestina que formaban tres gitanos húngaros, la pieza, titulada *El rajá de Rajaloya*, respondía a ese género "sicalíptico", esto es, escabroso, picante y cargado de sensualidad, que suele hacer fortuna en nuestros escenarios en sus momentos más oscuros. De modo que la función del Valle-Inclán se verá frecuentemente interrumpida por alguno de los números más aplaudidos de la revista en cuestión. En realidad, no queda constancia de ninguna de dichas canciones y los autores se las han inventado para la ocasión, pero habrá que reconocer que entran muy bien y

son muy oportunas en cuanto su tema principal se suele referir jocosamente a los distintos modos de morir en el "lager": despeñado por las escaleras de la cantera, por una inyección directa al corazón, ahorcado, fusilado, azotado o electrocutado, muerto de frío, hambre o sed, o más sencillamente, agotado hasta no poder más por la fatiga... Puro Brecht.

¿Hasta qué punto funciona esta estrategia con el público? Habría que decir para empezar que, inevitablemente, los espectadores tienen que luchar contra la idea que los medios y, sobre todo, el cine, les han dado del campo como un lugar sagrado, casi de expiación, en el que todo se escribe con mayúsculas: el Hombre, la Culpa, la Condena y el Mal. Así, para cierta parte de la audiencia, los números musicales pueden llegar a "rechinar" como si una tropa de raperos bailara "hip hop" en una catedral. Pero esa interpretación trascendente del campo de exterminio choca de plano con la intención de los autores, que es eminentemente política en cuanto nos quieren demostrar que, aún estando en aquellas condiciones, se puede resistir y actuar positivamente. De modo que el montaje de Laila Ripoll arranca con una "provocación" que el público habrá de resolver a lo largo del espectáculo: hasta qué punto la representación que le han hecho del campo como límite de la condición humana no se trata de una mistificación. Conscientemente, creo yo, la directora introduce en el auditorio una cuestión que puede dividirlo y ponerle a pensar, aun a sabiendas de que pone en peligro esa comunión con la obra que alcanzó, por ejemplo, en Los niños perdidos. Hay aquí más riesgo, más necesidad de plantear preguntas y mover más ideas por la audiencia. Ni que decir tiene que, como es ya costumbre en Micomicón, la función se desarrolla "cum laude": intérpretes, incluidos los ajenos al grupo, luces, decorados, escenografía, proyecciones de las fotos del campo... todo está en su lugar y nos restituye al escenario de aquel holocausto político y civil. Puede que los personajes "alemanes" – Brettmeier, Ricken – resulten un pelín arquetípicos y sus respectivos finales un tanto forzados, pero el humor del diálogo funciona bien y los números musicales son magníficos. Resultado: la aclamación unánime del respetable.

Al celebrarse aquella tarde el habitual "encuentro con el público", tuve el privilegio de compartir sesión con toda una serie de familiares de las víctimas de Mauthausen, entre ellos, el padre de José Marfil Escabona, el primer español que murió allí (y por el que la insurgente sección hispana del campo se atrevió a guardar un minuto de silencio). Sus intervenciones sirvieron para documentarnos sobre la realidad de Mauthausen y los hechos de sus allegados. Su agradecimiento a quienes les habían sacado del olvido haciendo posible el espectáculo – autores, directora, intérpretes, el CDN – era incommensurable. Pero todos resaltaron el abandono y el olvido en el que les mantienen nuestras autoridades. Un aislamiento que impuso el Caudillo y que ellas perpetúan.

David Ladra

Título: El triángulo azul – **Autores:** Laila Ripoll y Mariano Llorente – **Intérpretes:** Manuel Agredano (La Begún), Elisabeth Altube (Oona), Marcos León (Paco), Mariano Llorente (Brettmeier), Paco Obregón (Paul Ricken), José Luis Patiño (Toni), Jorge Varandela (Jacinto) – **Músicos:** Carlos Blázquez (clarinete, percusiones), Carlos Gonzalvo (Violín, percusiones), David Sanz (acordeón, madola, percusiones) – **Escenografía:** Arturo Martín Burgos – **Iluminación:** Luis Perdiguer – **Vestuario:** Almudena Rodríguez Huertas – **Música:** Pedro Esparza – **Videoescena:** Álvaro Luna – **Espacio sonoro:** David Roldán "Oru" – **Dirección:** Laila Ripoll – **Producción:** Centro Dramático Nacional – Teatro Valle-Inclán, Sala Francisco Nieva. Del 25 de abril al 25 de mayo de 2014

LA FILA DE LOS MANCOS

La dama boba

ladamaboba@estrelladigital.es



Crónica del dolor olvidado

21/05/2014 | 20:43 H.

TEATRO EL TRIÁNGULO AZUL TEATRO VALLE INCLÁN

A veces uno sale del teatro tan sobrecogido que no puede ni hablar. Entiendes que, a algunas personas, les asuste acudir a ver ciertas propuestas. **La tentación de vivir permanentemente anestesiado es muy potente y hasta resulta comprensible.** Tanto es así que, a pesar de que todos sabemos que la estrategia del aveSTRUZ no funciona, no perdemos la oportunidad de practicarla en demasiadas ocasiones. Desde luego que, a todo aquel cuyo objetivo al ir al teatro sea anestesiarse y evadirse, **no le recomiendo “El Triángulo azul”**. Esta función te deja sin escapatoria y, desde el momento en el que uno entra en la pequeña sala Francisco Nieva del Teatro Valle Inclán, siente que le han atrapado en una cueva dónde todo se pone al servicio del recuerdo y la memoria. La propuesta tarda un poco, solo un poco, en tomar la verdadera fuerza y ritmo que tiene, luego pasas casi dos horas en un estremecimiento permanente que no alivian ni el sarcasmo, ni el humor negro, ni unos números musicales donde lo grotesco y lo esperpéntico alcanzan su punto culminante.

El horror de los campos de exterminio nazi, ha tenido mucha presencia en la obra artística occidental contemporánea. La historia que se cuenta es, por tanto, conocida, gracias entre otras cosas, precisamente, a la valentía de los presos españoles protagonistas de esta función, que arriesgando su vida, salvaron de la destrucción las pruebas irrefutables de ese horror y de los verdugos que lo cometieron. Menos conocida, sorprendentemente, es la historia de esos españoles convertidos en apátridas por decisión del régimen franquista. De hecho la patria y el patriotismo están muy presentes en la obra desde su inicio. Me ha dado mucho material en que pensar. Reconozco que cuando ambas palabras se deslizan en mis oídos, patria, patriotismo, llegan contaminadas por muchos prejuicios que no soy capaz de reconocer habitualmente, por lo enquistados que están en mis creencias y, generalmente, me resultan conceptos excluyentes y amenazantes. Agradezco a **Laila Ripoll y Mariano Llorente**, su españolismo y su patriotismo reivindicado desde otros espacios y con otras miradas muy distintas de las que nos llegan habitualmente. **La reivindicación de unos españoles expatriados doblemente**, primero por su abandono en manos del horror nazi y la segunda en el olvido al que se les ha sometido, a pesar de haber sido ellos los que hicieron posible el reconocimiento de la realidad acaecida; triste paradoja. **Son muy españolas también las referencias y simbolismos musicales y visuales del Chotis, el pasodoble, Valle Inclán, Goya**, aunque en la función se percibe un cierto sabor a Brecht y a Kantor, los símbolos y referentes españoles están deliberadamente muy presentes, también la propia Laila y esa estética y lenguaje teatrales tan suyos. Nos recuerdan que la patria es también un lugar en la identidad de cada uno tan importante, que no podemos dejar que nos la roben.

Solo puedo felicitar a todo el equipo artístico. Hacen un estupendo trabajo de interpretación que el público agradece aplaudiendo en pie cada función. No se la pierdan, solo quedan días hasta que concluya el día 25 de mayo. <http://cdn.mcu.es/espectaculo/el-triangulo-azul/>

Una vez más, gracias y enhorabuena a Ernesto Caballero, por hacer del Centro Dramático Nacional un hogar para este teatro y estos espectadores.

(Juan Margallo)



Crítica: El Triángulo Azul

Las obras del grupo Micomicón (que dirige Laila Ripoll) le encantaría n a Valle-Inclán. EL TRIÁNGULO AZUL se exhibe en el teatro dedicado al insigne autor del 98 pero en la sala de arriba denominada Francisco Nieva (a don Paco también le encantaría). De la trilogía de la Memoria (lo más reciente de ellos) vi la última entrega (Santa Perpetua). Un esperpento (dicho en el mejor sentido de la palabra, en el más literario). En aquella pieza, aparte de la fauna y la flora retratada, cabía esperar saber qué pasó con aquella bici y por qué un tipo como Mariano Llorente tenía tanto empeño en recuperar una simple bici. Aquella obra estaba muy bien pero costaba digerirla. Creo que era para los incondicionales, yo no me sentí el "target" (que es un barbarismo muy de ahora).

Fui a ver EL TRIÁNGULO AZUL porque sale Paco Obregón, que es un hombre de teatro singular y entrañable como pocos, de los de antes, de los que saben hacer de todo, escriben, dirigen, actúan, mal producen y, por supuesto, saben conducir furgonetas. Me gusta no saber nada de lo que voy a ver hasta diez minutos antes, cuando ya no es posible arrepentirse. Leí la sinopsis deprisa y me pareció

repetitivo el tema: más memoria, más heridas abiertas de las de la guerra, más desolación y esperpento. Además me anuncian que dura dos horas aunque la gente como yo recibimos el teatro como viene, dure lo que dure, sea más o menos incómoda la butaca. Lo que quiero decir es que EL TRIÁNGULO AZUL no es una reflexión poética, triste e izquierdosa. Es una intensa obra de teatro en la que pasan cosas, en la que te metes de lleno, en la que te crees lo que estás viendo. En la que la cosa puede acabar con sentido o sin él, qué importa, todo llega (y antes pasa), como en la vida.

Te metes tanto en la historia que la muerte (la verdadera protagonista) se te hace tan cotidiana como a los personajes. Hay que seguir viviendo y, claro, se hace lo que se puede. EL TRIÁNGULO AZUL no es para iniciados, es para todos. Es dura, no es para niños (o sí, por lo menos para mayores de doce, muy recomendable para adolescentes), pero no hay que saber de teatro para verla. Se aprende teatro viéndola. Tiene un lado didáctico, no pretendido. No es pretenciosa. Solo es brutal. Fascinante. Es musical. Muy musical. Revistera. Auténtica. Tiene ritmo. Intensidad. Tiene humor. Al final aplaudes a los actores y ellos te miran emocionados, como si fueran tan testigos del drama como tú mismo.

Mi madre, que vivió la guerra, habla de ella igual que lo hacía Marsillach: eran niños, para ellos fue a la vez sueño y pesadilla; o una pesadilla en la que pasaban cosas entrañables y bonitas. Porque los buenos tiempos, en el momento de vivirlos nunca son tan buenos. Por la misma razón los malos tiempos, en el momento de recordarlos, nunca son tan malos. Aunque a los creadores les cueste desasirse de su más reciente fuente de inspiración, mereció la pena recordar a los españoles de Mathausen. Cuando veáis una danza primitiva y macabra con tambor, pandereta tétrica, máscaras, esparto y cornamentas, llevaréis alucinando un buen rato. La reflexión sobre la muerte que al principio hace el esperpento de Hitler me dejó pensativo toda la noche.

Id a verla. Si os digo: NO OS LA PERDÁIS no sé si me haréis menos caso. Dejaos llevar. Si os sentáis a este lado del escenario, saldréis con vida de Mathausen.

VÍCTOR MENDOZA

jueves, mayo 15, 2014